



DE TORANZO
AL INFINITO

Raúl Fraga Isasa

DE TORANZO
AL INFINITO



Primera edición: octubre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Fraga Isasa

ISBN: 979-13-87909-24-6

ISBN digital: 979-13-87909-25-3

Depósito legal: M-21377-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

1. Toranzo

Pedro Luna no era todavía muy consciente de que había nacido en un momento propicio para las exploraciones hacia tierras remotas. A finales del siglo XVIII, Europa se revolvía y empezaba a darse cuenta de su primacía científica y operativa. Pero desde el tradicional valle de Toranzo, en el profundo interior de Cantabria, la visión de todas estas cosas era bastante limitada.

No era la primera vez que Pedro entraba en el baile, pero sí era la primera en que pensaba seriamente participar en él. Le gustaban varias chicas del valle, aunque le daba pánico dirigirse a ellas. Era la desventaja de tener solo dos hermanos y ninguna hermana, aunque había tenido la oportunidad de aprender algo de ellos y... no lo había sabido hacer. Aunque Andrés sí que se había propuesto ayudarle. Le sacaba solo cuatro años y hasta salía ya con cierta regularidad con una mujer, Mercedes. Y precisamente esta se había dirigido a él con una sonrisa convincente.

—Tengo unas cuantas amigas a las que les gustaría mucho conocerte. Ven conmigo —dijo ella.

En ese momento estaba con Florencio y le sorprendió mucho la insinuación de la amiga de su hermano y..., aunque no supo por qué, se dejó llevar, y cogidos de la mano llegaron hasta un grupo de tres chicas, tan jóvenes como él, que disimularon su sorpresa con una pequeña sonrisa. Mercedes no le dejó simplemente allí con ellas, sino que tomó la palabra e intentó que empezaran a hablar también entre ellos. Una de las chicas, Martina, que era la más atrevida, incluso al cabo de un rato de conversación le invitó a bailar con ella.

—No tengo mucha idea yo de esto... —le dijo él, precavido y miedoso.

—No te preocupes, es mucho más fácil de lo que piensas. Tú solo sigue el ritmo de la música como hago yo, verás como poco a poco te lleva.

El sonido que le llegaba le ponía bien, le entonaba. Eran solo cuatro los músicos, pero sabían encender a la gente en aquella amplia pradera iluminada con bastantes antorchas empaladas. Intentó entonces fijarse también en la muchacha, ya que la tenía tan cerca... Ella le miró y sonrió, y él sonrió también y coordinó con su pareja todo lo que pudo y hasta le pareció que no lo hacía mal. Después volvieron al grupo y Mercedes ya no estaba. Pedro bailó con las tres y se sentó luego con ellas en una de las mesas de madera. Había conseguido perder un poco la vergüenza y habló más de lo que al principio pensaba que podría hacer. En realidad conocía ya a las tres chicas, eran de San Vicente; sin embargo, nunca antes había hablado así con ellas.

La noche fue discurriendo alborotada por la música y los gritos de algunos de los paisanos que jaleaban a los danzantes. Su amigo Florencio se sentó con ellos, y el queso, la empanada y el vino de Toranzo facilitaron más las cosas. Sin embargo, en un preciso momento cambió todo de forma radical. Pedro la vio surgir entre la gente, como el relámpago destaca en la tormenta, y sus ojos se pararon inevitablemente en ella... Era delicada, sutil, maravillosa, y se movía entre los demás con tanta gracia que el joven no pudo evitar ponerse de pie.

—Es Susana Riancho, de San Miguel de Luená. La he visto poco por aquí —dijo una de las muchachas cuando vio la actitud de Pedro.

—¿La conoces? —le preguntó él con interés.

—Estuvimos trabajando juntas el año pasado cosiendo el manto de la Virgen.

Antes de que de nuevo se perdiera entre la multitud, fue decidiendo hasta ella y le invitó a bailar. Ella se volvió iluminándole con su mirada y le contestó de inmediato:

—Estoy con mis primos... Y a ti no te conozco de nada —respondió maquinalmente.

Aunque no le importó la respuesta e insistió tozudamente:

—Me llamo Pedro Luna y soy de aquí, de San Vicente, así que... ya sabes quién soy, ya me conoces...

Entonces le miró otra vez y se centró un poco más en él, aunque solo obtuvo una sonrisa de despedida y le dio la espalda sin más compasión. Pedro se quedó allí, de pie, un rato más, emborrachado por la figura y por el delicado olor de aquella diosa. Y después se volvió a sentar con su grupo. El vino empezaba a hacerle cada vez más efecto y decidió no volver a beber más esa noche. Después bailó sobre todo con una de las chicas, con Martina, que era la más abierta y que no paró en ningún momento de hablarle de mil cosas, pero su atención estaba en otro sitio. Miraba y miraba hacia todos los lados sin lograr ver lo que buscaba.

Fue en un momento, en el que se acercó a uno de los puestos a comprar una manzana caramelizada, cuando la volvió a ver... Esta vez estaba de espalda, pero era ella: alta, ligera, de pelo suave y claro, con su vestido azulado de paño y encaje, seguro que era ella... Hacía calor, era agosto y hacía calor en aquella noche estrellada.

No dudó ni un solo instante, se acercó a ella sin miedo, no estaba sola aunque daba igual, le importaban poco los demás, ni se fijó en ellos.

—Hola otra vez —le dijo, y ella le volvió a mirar, aunque esta vez no se sorprendió tanto.

—¿Qué haces tú aquí? —le respondió en un tono normal.

—Me gustaría que bailaras conmigo. —Entonces ella le miró sonriente y él pensó que hasta lo hacía de otra manera.

—¿Por qué? —le contestó.

—Por eso que te he dicho... Porque me gustaría.

—Este es mi sobrino Pedro, el hijo de Froilán Luna, el escribano, está estudiando en Palencia, es un excelente muchacho. — Aquella voz era la de Ordóñez, el hermano de su madre, que estaba también con ellos. Entonces Pedro le identificó perfectamente

y a los que le acompañaban también: estaba el padre Marcelino, que era el cura de San Vicente, otro hombre más de su pueblo, ya entrado en años, y dos jóvenes como él que no conocía de nada. Aquello casi le sacó de su intención inicial, de forma que, curiosamente, fue la propia Susana la que ahora se dirigió a él.

—Vale, de acuerdo —dijo la muchacha y él la miró ahora bastante confuso.

—¿Vale qué? —preguntó y ella le contestó entonces muy molesta.

—Que vamos a bailar... Si tú quieres, claro...

—Sí, sí que quiero... es lo que he venido a pedirte —le respondió, todavía muy atolondrado.

La mujer dudó. Sin embargo, después fue con él y se metieron en el centro de los que ahora bailaban. Bueno, en ese momento no porque la música había parado, pero duró poco la espera, unos minutos tan solo, y en ellos no se dijeron nada, solo se miraron, fijamente se miraron, quietos, rectos, aunque nada ausentes el uno del otro porque hasta el aire que les rodeaba denotaba interés. Y cuando de nuevo continuaron los músicos tocando, suavemente se enlazaron y comenzaron con una contradanza.

—¿Pero tú sabes bailar esto, Pedro?

—Me muevo al ritmo de la música que escucho. —La muchacha sonrió con la respuesta y se enlazó con él.

—Está bien, yo algo te ayudaré.

Continuaron bailando en silencio y enseguida Susana se volvió a dirigir al muchacho:

—No lo haces mal. ¿Has bailado muchas veces?

—Hoy, solo hoy, pero lo he hecho casi toda la noche... Es mi primera vez, aunque no me parece muy complicado.

—Quizás en esta canción no, Pedro; sin embargo, se puede complicar mucho en otras. ¿Te gusta bailar?

—Me gustas tú, con eso ya tengo suficiente.

Ella sonrió con la salida y le contestó rápido:

—¿No te parece un poco atrevido lo que me dices?... Es la primera vez que me ves, no me conoces...

—A pesar de todo eso me gustas, ¿te extraña?

—Un poco sí —le contestó la muchacha, aunque se notó mucho que algo le agradaban sus palabras y lo demostró aún más con la mirada, tierna y confiada. Y el joven, animado, intentó acercarse más a ella.

—Bueno ¡tampoco te animes tanto!... Mira, ya pararon de tocar. ¿Quieres continuar conmigo?

A Pedro le molestó un poco que le dijera eso y le respondió de inmediato y en un tono agrio:

—Si tú no quieres, no. ¡Yo no pretendo obligar a nadie a nada!

—No te enfades conmigo, no te lo digo por eso —aclaró ella y continuó—: Es que, por lo que acabo de escuchar, lo que quieren tocar ahora es un pericote y es algo más rápido y no sé si se te complicará el baile.

—Yo me atrevo con todo lo que toquen mientras bailes tú conmigo —respondió él, demasiado confiado ahora de sí mismo.

En algunas ocasiones, y de forma tradicional, las mujeres se vestían de hombres y los hombres de mujeres en esta danza astur-cántabra. En aquella ocasión no llegaron a eso. Y Pedro se atrevió, y mejor o peor lo hizo sin parar con el pericote y con las danzas que vinieron después. A las once y media, Susana volvió con uno de sus primos y marcharon hacia Luená en una carreta. La despedida fue corta, aunque no fue fría, los dos estaban satisfechos.

Al quedarse solo Pedro, su amigo Florencio, Martina y las otras dos chicas con las que bailó al principio de la fiesta, se acercaron hasta él.

—¿La dejaste marchar así?

Pedro entonces se dio cuenta de que habían estado pendientes de él y les contestó triunfante:

—He quedado con ella el próximo miércoles en la pradera que hay junto a la Ermita de Nuestra Señora de los Remedios.

Faltaban aún cinco días para la cita y no dejó ninguna de esas jornadas de estar muy nervioso. No pudo leer nada a pesar de que esa era su principal afición, solamente anduvo en las praderas próximas y corrió con su hermosa yegua Ara por todos los campos del valle, e incluso se atrevió a ir hasta la ermita de la quedada para situarse mejor en ella. No la conocía y le pareció un lugar hermoso, romántico, lleno de dulzura y encanto, aunque no quiso permanecer allí mucho tiempo por si pudiera verle ella antes de tiempo o que algún curioso metepatas se lo comentara.

El miércoles, a las seis de la tarde, se presentó en la pradera con su mejor traje y esperó caminando despacio por un estrecho sendero que bordeaba la ermita. No se podía estar quieto, la inquietud le devoraba. Algunos minutos después apareció Susana sonriente y tan hermosa como una princesa de cuento, acompañada de su prima Victoria, bastante mayor que ella y que estaba ya casada y tenía dos hijos pequeños. Se saludaron cortésmente y ellos dos se adelantaron.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le preguntó sin mirarle.

—Toda mi vida llevo esperándote y al final he tenido la suerte de encontrarte. —Ella le observó entonces, aunque no se atrevió a contestarle, pero le impactaron sus palabras, nadie nunca le había hablado así.

—¿Qué quieres que hagamos ahora, Pedro? —le dijo también sin mirarle.

—Yo me conformo solo con verte aquí, a mi lado... Tú haz lo que quieras.

Ella se sintió tan halagada que se ruborizó y las palabras le salieron casi sin pensar:

—¿Por qué me dices esas cosas? No sé qué contestarte...

—¿No te gusta que te diga eso?

—Sí que me gusta, Pedro... Me encanta. —Entonces sí que le miró y... estuvo a punto de arrojarle a él y ahogarle en caricias. Era un joven guapo, elegante y le sonaban tan bien sus palabras que era incapaz de resistirse a ellas, además... le parecía demasiado

joven para ser un liante. Y lo único que se le ocurrió fue cambiar radicalmente el sentido de la conversación.

—Hemos traído varias cosas para merendar: queso, jamón y dulces. Vamos si quieres a sentarnos en las piedras de un manantial que hay al fondo de aquel sendero y pasamos un buen rato comiendo y hablando de todas las cosas, ¿te apetece?

Él no estaba dispuesto a rechazarle nada y aceptó encantado su propuesta, aunque tuvo que aceptar también la presencia de Victoria y no le molestó en absoluto. Le pareció una mujer sensata y permisiva, incluso en el último rato les dejó completamente solos y se refugió por más de media hora en la propia ermita.

Pedro entonces se sentó junto a la muchacha y acarició sus manos con la mayor de las dulzuras, y ella no se pudo sujetar más y, acercando sus labios a los de él, le besó repetidamente con pasión y con deseo. Él jamás había sentido nada así. Para el joven era el mayor descubrimiento que había realizado en su corta vida, mejor que encontrar un maravilloso tesoro de oro y de plata.

Y se despertaron de golpe todos sus sentidos y sin dudar demasiado pegó su cuerpo al de ella y los dos se cebaron en numerosas caricias que no encontraron límite durante bastante tiempo, hasta que notaron la presencia de Victoria, que les vino a indicar el final de aquel momentáneo idilio. Aturdidos por la precipitada intensidad de aquello, se miraron casi con vergüenza y se obligaron a terminar sin tener la menor intención de hacerlo.

Los encuentros se repitieron, acompañados de Victoria el sábado de esa misma semana y... sin el permiso de nadie los volvieron a realizar el jueves de la siguiente y durante dos días seguidos más. Él era más romántico y ella bastante más ardorosa, quizás tenía algo más de experiencia en las lides del amor.

Los dos empezaron ya a buscar el momento para volverse a encontrar como fuera y donde fuera: se gustaban, se deseaban, se complementaban y no veían en su horizonte temporal más que la hora de volver a estar juntos una vez y otra vez más.

Un par de meses después, cuando el tiempo no fue ya propicio para sus encuentros campestres, Susana supo buscar con habilidad un nido para sus cortejos.

—Pedro, el padre de mi amiga Gertrudis tiene un pequeño almacén que está prácticamente abandonado. Es un lugar aislado entre las peñas y relativamente cerca de Luená. Ella me lo ha ofrecido... Podíamos vernos allí. ¿Qué te parece mi idea?

El muchacho lo aceptó casi sin planteárselo, era lo que necesitaban en aquel momento, un refugio íntimo oculto a los demás. Además, cuando lo conoció directamente, aún le gustó más, no era muy grande y estaba un poco destartado: sin embargo, albergaba en su interior un pequeño lugar que era estupendo y cómodo para todas las relaciones amorosas de la pareja.

Allí pasaron muchos ratos durante todo lo que quedaba de aquel año, y los amantes aprendieron a amarse de todas las formas posibles. Los dos eran jóvenes, hermosos, vitales, ardorosos y... Todos los adjetivos posibles más para poder perderse en la selva del amor sentimental y corporal. Nadie en su entorno dudaba que el futuro de la pareja no fuera el del matrimonio y las respectivas familias no pusieron ninguna objeción a aquella relación.

Pero el 16 de enero ocurrió algo que cambió el panorama general de todo. Torcuato Riancho, el padre de Susana, murió sorpresivamente al caer con su carreta por un pequeño barranco próximo a San Miguel de Luená. Consiguieron sacarle vivo porque no iba solo y las primeras impresiones fueron buenas, aparentemente solo tenía dañada una de sus piernas. No obstante, una herida interna y grave precipitó esa misma noche su final.

Torcuato tenía, junto con su hermano Froilán, un pequeño taller en donde elaboraban quesos y dulces que funcionaba muy bien, distribuyendo sus productos por toda la comarca, y sus ventas llegaban incluso hasta la ciudad de Santander.

Trabajaban en ella dos primos de Susana y cuatro empleados más. Aquellos primos eran tremendamente celosos de su pertenencia a la empresa y no veían, de ninguna manera, que nadie ajeno

a la familia pudiera meter su hocico por allí. Además, uno de ellos, Adrián Riancho, desde siempre había pretendido a Susana, especialmente por motivos prácticos, y nunca había contemplado bien la relación que mantenía con Pedro Luna.

Pedro acudió al entierro y a los funerales, aunque su presencia no fue muy bien aceptada por la familia de Susana. Su madre había muerto durante su nacimiento, era hija única y había perdido también con su padre el único apoyo a la relación que ellos llevaban. Solamente Victoria le puso buena cara, y ella y su marido se colocaron con él en las ceremonias para que no le acabaran echando de allí.

—Susana esta deshecha y no sabe ahora ni siquiera lo que hace. No esperes mucho de ella hasta que pasen algunas semanas —le dijo a Pedro cariñosa e intentando excusarla por su falta de atención hacia el muchacho.

Sin embargo, aún hubo más una semana después. Adrián, el primo molesto, se enfrentó con él cuando un día trató de ver a su amada. Fue en la puerta misma de la casa de Susana, él llamaba y escuchó por detrás un insulto.

—¡A dónde vas ahora, mamarracho!

Al volverse vio al primo acompañado de dos sujetos más, con una expresión bastante hostil. No quiso decirles nada. Por el contrario, ellos sí que le dijeron a él:

—La que buscas no está en esta casa, la protege mi madre de ti. No la vas a volver a ver más.

Pedro siguió sin decir nada, simplemente, se dio media vuelta, buscó su yegua y marchó de allí. No obstante, no quiso salir del pueblo, sino que dando un rodeo buscó la casa de Gertrudis, la buena amiga de Susana que les había generosamente proporcionado durante el año aquel delicioso nidito de amor en la vieja cabaña de su padre. Afortunadamente, ella sí estaba en casa.

—Te han dicho la verdad —le dijo—. Está ahora en casa de su tía y va a ser difícil que salga de allí en una temporada.

—Podía acudir a mí. Yo la puedo ayudar también bastante.

—Pero tú no le vas a dar de comer, Pedro, ni vas a llevar su negocio, que es su forma de vida. Sois muy jóvenes aún, tenéis los dos toda la vida por delante. Ten paciencia.

No era la paciencia la principal cualidad de Luna e intentó volverla a ver de nuevo yendo a su casa tres días después. Y al no encontrarla allí, acudió hasta la casa de su tía, que es donde parecía que entonces estaba. Y otra vez fue el primo Adrián el que le cerró el paso y en esta ocasión con una espada en su mano.

—¿Qué pretendes?... Yo no quiero ir por las malas, solo deseo hablar un rato con Susana. —Aquella frase la dijo en alto para que la escucharan bien los que en la calle en ese momento se encontraban. Estaba justo en el umbral de la propia puerta y varias personas lo observaban todo.

—Tú no puedes ver a mi prima porque está en nuestra casa y aquí no eres bienvenido. Además, ella tampoco quiere saber nada de ti. Si cruzas esa línea de entrada eres hombre muerto.

Aquello era todo un desafío y ese individuo le sacaba más de cinco años. No le dejaba muchas alternativas de nada, sin embargo, aquella mujer era su vida y sin ella su vida no valía nada, así que cruzó la puerta y Adrián le atacó y fue hacia él, aunque con tan mala suerte que en el impulso tropezó en el escalón de entrada y al caer se clavó su propia espada.

Fue una herida de brazo solo, aunque soltó abundante sangre y perdió el conocimiento en el suelo. Y su madre, que estaba próxima al suceso, comenzó a gritar y a llamar asesino a Pedro Luna. Los gritos alarmaron a medio barrio y, entre ellos, a la linda Susana, que salió también a la puerta alarmada y al ver la escena comenzó a increpar también al muchacho.

—Yo no he hecho nada. ¡Te lo juro, cariño! Ha sido él, es el único que se ha movido y que me ha atacado a mí. Yo solo me retiré a un lado, él tropezó y... Eso ha sido todo, cariño, no te dejes llevar por los gritos.

Era inútil hablar allí, nadie se podía enterar de nada. Se juntaron más de diez personas: unas se encargaron de Adrián, otras increpa-

ron a Pedro e incluso alguna le clavó en su espalda una tijera que le dolió mucho. Susana, insensible, no dejaba de gritar y de llorar... Una persona entonces le sacó del embrollo y le condujo lejos, hasta el banco que había en la fachada de una casa algo distante.

—Vete rápido de aquí o vas a salir malparado. La herida que tienes no te impide nada, es muy superficial.

—¿Pero Susana?... ¡Yo no quiero perder a mi Susana!

—Olvídate de ella, no te la van a dejar, están decididos a ello, son varios, tienen dinero y están en su pueblo... La muchacha depende demasiado de su protección. Tú eres joven aún y tienes toda la vida por delante, no te la compliques ahora con esto.

Apareció entonces la prima Victoria llevando a su yegua, a Ara, y Pedro reconoció al momento a su marido como la persona que le había ayudado a salir de aquel follón. Le miró agradecido, aunque dudaba, aún dudaba demasiado... Fue Victoria la que al final le logró convencer.

—Yo hablaré con Susana, de verdad, Pedro. A mí me va a escuchar, le explicaré todo lo que ha ocurrido realmente y si quiere volver a verte, lo hará, no lo dudes que lo hará.

Le llevó más de una hora la vuelta, no quería correr, estaba muy confuso, no se podía creer lo que le había sucedido. Pensaba que todo lo que le habían hecho estaba planeado: la herida de Adrián, los gritos de su madre y hasta convencerle para que se marchara por parte de los únicos de la familia de los que se podía fiar. Él era un incordio para todos ellos, para los Rianchos, para su negocio de los malditos quesos, y de alguna manera se lo tenían que quitar de encima. Le iba a resultar demasiado complicado cambiar todo eso. Su amor estaba en poder de ellos y tenían demasiados argumentos para poder convencer a Susana.

No se levantó de la cama en dos días y Froilán Luna y su mujer se empezaron a preocupar. El suceso ya se conocía en todo el valle de Toranzo y el sentido que la gente le daba no era el que más le favorecía al pobre Pedro. Adrián Riancho estaba bien, no le había afectado demasiado aquella herida y el agresor había sido sin duda

Pedro, joven impulsivo y malencarado que pretendía mucho más de lo que se debía merecer.

No entró la justicia en el hecho; no obstante, la fama que le quedó con aquello no le iba a ayudar demasiado. Susana no intentó en ningún momento contactar con él y el tanteo que le hizo a través de los conocidos fue también infructuoso y eso sí que le afectó muchísimo más. Todo le llamaba a expulsarle de allí, del valle, de su pequeña patria, de su lugar.

Coincidió por aquellas fechas la llegada a San Vicente de su hermano mayor, Juan Luna, con el cual nunca había tenido demasiado contacto porque le sacaba más de doce años y llevaba viviendo casi diez en Santander, trabajando en una de las factorías del puerto. A Juan no le gustó nada la situación en que vivía su hermano y trató de ayudarle.

—Pedro, ayer estuve con un paisano nuestro de Ontaneda al que conozco desde hace años y creo que te podía interesar el conocerle. Su nombre es José de Bustamante y Guerra, ¿no te suena de algo?

El muchacho entonces le miró, aunque con poco interés, no obstante, sí que le contestó:

—No he oído hablar nunca de él. ¿Es que también tengo que conocer a tus amigos?

—Tranquilo Pedro, no trato de picarte. Él no solo es mi amigo, es un marino y una autoridad militar, tiene el cargo de capitán de fragata y, además, es caballero de la Orden de Santiago.

—Y a mí que me importa todo eso, Juan...

Juan Luna se sentó entonces en la silla que estaba junto a la de su hermano, le miró con fijeza y le continuó hablando:

—Les acaba de aprobar el rey, el rey de España, el mismo Carlos el tercero, una orden para realizar una expedición a América de bastante importancia. Creo que quieren encontrar por el norte un paso que comunique el océano Atlántico con el océano Pacífico. Y yo sé que necesitan gente, me lo dijo el otro día muy entusiasmado por si yo me quería apuntar.

—Y pretendes que me vaya con él a América... Yo, que no me embarqué en mi vida...

El rostro del hermano mayor se tornó bastante serio y le continuó hablando:

—Pedro, solo pretendo que hables con él, nada más. Va a estar por aquí varios días y hemos quedado el martes para vernos y comer juntos. Vente conmigo y pregúntale lo que tú quieras.

Dicho esto, Juan no esperó respuesta, se levantó y le dejó allí sentado para que decidiera lo que le diera la gana. Pedro entonces comenzó a darle vueltas propias a la sugerencia de su hermano. La idea no era descabellada, él pintaba ya poco en el valle de Toranzo y había alguien que le proponía cambiar completamente de aires y aprender un nuevo oficio, el de marino. Y viajar, viajar hasta las Américas, un continente nuevo y lleno de posibles... Además, a las órdenes de un paisano que muy posiblemente no le iba a tratar nada mal. La idea no era tan mala como para desecharla de primeras, lo inteligente sería conocerla un poco más.

El martes fueron a caballo, él y su hermano Juan, a la localidad de Ontaneda, que no quedaba demasiado lejos de su lugar. Se acercaron hasta la taberna del Gato Viejo y dejaron los caballos sujetos a las anillas de la pared. Dentro, un grupo de cinco personas escuchaba el relato que en ese momento comentaba un hombre de unos treinta y tantos años, quizás muy próximo a los cuarenta, con voz fuerte y entonada. Se fijó en él Pedro un poco más que en los demás. Era más bien alto y sus facciones le parecían a la vez fuertes y delicadas, le gustó el tono de su voz.

—Eso que cuenta ahora Bustamente se refiere a la batalla de Gibraltar, donde luchó contra el inglés Richard Howe. Escúchale y verás, es interesante —le dijo al oído su hermano.

Pero Pedro no pudo escuchar nada porque el relato ya llegaba a su fin y el tal Bustamante se dirigió directamente hacia su hermano y le abrazó efusivamente.

—Don Juan Luna, no sabía si te decidirías a venir hasta aquí. ¿Has pensado lo que te dije de enrolarte conmigo?

—No, José, es una locura, yo aquí tengo ya mi oficio y no creo que tarde mucho en casarme y formar una familia, aunque no vengo de vacío. He traído a mi hermano Pedro, que quizás sí podía entrar en ese viaje.

—Pedro Luna —dijo Bustamante mirándole desde la punta de la cabeza hasta el extremo de su zapato—. ¿Cuántos años tienes, chaval?

Le miró antes de contestarle, incluso dudó un poco.

—Voy a cumplir dieciocho dentro de... cinco meses —respondió nervioso y suspicaz.

—O sea, que tienes diecisiete. Está bien. ¿Te sueles marear mucho cuando te embarcas?

—No lo sé —dijo divertido—. No he navegado nunca.

—¿Conoces el astillero que hay cerca de Santander? ¿O la fábrica de cañones de La Cavada? —Otra pregunta que le puso en un aprieto, pero no se calló por eso y también se la contestó.

—No, no conozco nada... Pero estuve estudiando tres años en Palencia y hablo bien en latín.

Pedro volvió a su pueblo ya contratado. Había firmado un papel en el que se comprometía a navegar en la expedición de Bustamante y de un tal... Mala Espina o algo así. Y tenía que presentarse en el puerto de Cádiz antes del 30 de julio de aquel mismo año. Lo que más le convenció a Bustamante del chico fue su esmerada educación. Pensó que podía hacer de él en poco tiempo un buen oficial.

Al escribano Froilán Luna y a su mujer no les convenció para nada la idea del viaje y de perder prácticamente a su hijo por lo menos por una buena temporada. Aunque pensaron que era aún peor el verle tumbado, como ido y sin oficio ni beneficio, como llevaba ya haciendo desde hacía más de dos meses, y decidieron resignarse.

Yoni el Mesero viajaba todos los meses a Burgos con mercancías y trató de ponerse de acuerdo con él.

—Salgo todos los martes primeros de cada mes. Puedes venirte conmigo si quieres, no te cobraré nada porque conozco a tu padre

desde hace mucho, aunque, eso sí, me tendrás que ayudar a cargar y a descargar. Yo me voy volviendo viejo y cada vez me cuesta más.

El primer martes de julio era día uno y después de los besos y lágrimas de la despedida, se sentó en el pescante al lado del viejo Yoni. Iba en el fondo ilusionado, aunque lo desconocía todo, pero estaba convencido de que tenía que hacer aquello porque su vida ahora en el valle se había quedado cerrada.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Burgos? —le preguntó al salir del pueblo.

Yoni le miró masticando tabaco y después de escupir a un lado le dijo:

—¿Tanta prisa tienes en llegar ya?

—Bueno... Para mí es una necesidad, en treinta días tengo que llegar al puerto de Cádiz.

—Mmmm. —El carretero le miró con preocupación—. Yo no sé lo que podrás tardar hasta ahí. Quizás sea un poco justo. A Burgos, como nos hemos levantado temprano, llegaremos mañana a la hora de comer, más no te puedo decir. Bueno, sí, yo te acercaré al sitio de donde salen las diligencias para Madrid. Allí te puedes enterar más.

La carreta del Mesero iba tirada por dos mulas y llevaba detrás atada otra de repuesto. Él no llevaba excesiva carga y casi todo eran productos agrícolas para los mercados castellanos: quesos y verduras, especialmente. Al valle llevaba después, y sobre todo, vinos, café, licores y tabaco.

El traqueteo de la carreta le estaba empezando a fastidiar. Le dolía sobre todo el culo y las piernas, no estaba acostumbrado a los viajes largos y menos aún en un transporte tan poco preparado, y Yoni se dio cuenta.

—No te apures, Pedro, en poco más de una hora paramos a comer algo en Escalada, ya hicimos muchos kilómetros. Ponte este retazo de piel sobre el asiento, lo vas a notar.

El Ebro lo cruzaron en una balsa y en un remanso sin corrientes, en donde el río se ensanchaba. Fue un momento dulce para el

muchacho porque bajó por primera vez del carro y, sobre todo, por contemplar un paisaje hermoso.

En Escalada pararon en una tasca, en donde pidieron vino y sacaron queso y jamón que llevaban los dos en sus bolsas. Estaban casi enfrente de la Torre-palacio de los Gallos. Pedro comió con apetito, el viaje le había despertado el hambre. El tabernero era un viejo amigo de Yoni y se sentó un rato con ellos, quejándose de la dureza de la vida que les había tocado vivir, y después les invitó a los dos a café. El muchacho no lo había probado nunca y le pareció tan amargo que lo escupió al suelo ante las risotadas de los otros dos.

La idea era pararse a dormir en Ubierna y así lo hicieron, aunque antes Yoni le hizo una sugerencia al muchacho.

—Pedro, mira... Conozco yo aquí a una viuda que me cobija a veces en su casa para dormir con ella. Me voy a marchar, vive aquí cerca. Volveré temprano, casi de madrugada, quédate tu vigilando la carreta. Duerme dentro y tápate muy bien, por las mañanas refresca mucho por aquí y te puedes resfriar.

La ciudad de Burgos estaba brillante cuando llegaron a las dos y media del mediodía. Destacaba sobre todo su catedral y hacia allí se dirigieron después de descargar la mercancía, porque las factorías desde donde salían las diligencias para Madrid estaban próximas a ella.

—¿No quieres descansar algún día en Burgos?

—No lo sé, Yoni, depende de cuando salgan las carretas — contestó Pedro prudente.

—Es un viaje largo el que tienes por delante. Te conviene descansar.

Los viajes eran caros entonces y tenía que pensar en muchas cosas. Se decidió por montar en una galera que salía el día cinco hacia Madrid y durmió tres días en un convento que le había recomendado el padre Marcelino, el cura de su pueblo, en donde no le cobraron mucho y se portaron bastante bien, dándole de comer y de cenar. El padre Jaime, que era el prior, se encariñó un poco con

él al verle tan joven y tan desprotegido, y le recomendó un lugar para su posible estancia en Madrid.

—Es un convento franciscano, el convento de San Gil, en la misma calle de San Gil, pegado al nuevo palacio que se ha construido sobre el antiguo alcázar. Allí pregunta por fray Zenón. Él te tratará bien, es primo mío, y yo te daré una carta para que se la entregues.

El viaje hasta Madrid fue una auténtica paliza. Iban ocho personas en la galera, aparte de los dos conductores que se alternaban, pero la marcha era lenta y se volvía pesada. Dormían en los corrales de los pueblos, entre la paja, los olores eran fuertes y desagradables y muchos bichos le llegaban a torturar. Pedro no estaba acostumbrado a eso y lo pasó realmente mal. Apenas durmió nada, aunque fueron solo tres noches. Y cuando, ya tarde, el día 8 llegó a Madrid, se preocupó enseguida en encontrar el Convento de San Gil.

—El padre Zenón murió la semana pasada. Estamos todos muy tristes con eso, era un buen hombre y, sobre todo, un buen cristiano. Actualmente hace las veces de prior el padre Sebastián, le daré a él su carta.

Le dejaron en un recinto empedrado, con un banco corrido de madera, y allí tuvo que esperar más de una hora. Pedro no podía más. Sin poderlo evitar cayó dormido sobre el asiento y... así se lo encontró fray Sebastián cuando entró en el lugar en donde estaba. Venía con la carta de recomendación en la mano. Dudó si despertarle o no, aunque al ver lo incómoda de aquella posición en que reposaba, sí se decidió a hacerlo.

—Ya veo que vienes muy cansado y no quiero entorpecerte más. La carta que me das y que va dirigida al bueno de Zenón es para mí suficiente garantía, así que acompáñame.

Durmió catorce horas seguidas y, cuando despertó, lo hizo asustado porque no sabía en dónde se encontraba. Era una celda pequeña, aunque estaba bien ordenada y el colchón era muy cómodo. Se lavó primero de cintura para arriba en una palangana que

contenía agua limpia. Limpió y arregló también sus cabellos y arrojó al agua usada sobre las hierbas de un pequeño patio particular de su celda y al que tenía acceso. Hizo después allí sus necesidades y, volviendo a llenar la palangana con el agua de una jarra, se lavó bien sus partes nobles y el culo. Luego se cambió de ropa y salió a un claustro, en donde dos monjes acudieron rápidamente hacia él.

—Pasad a la cocina, donde podréis comer algo. Seguro que tenéis hambre. —Realmente, se notaba que aquella gente estaba pendiente de él.

Le colocaron en una mesa pequeña y le pusieron una sopa que llevaba pan y huevos dentro y que le supo a gloria bendita. El fraile que llevaba la cocina le miraba sonriente y no pudo menos que decirle algo.

—¿Cuánto tiempo hacía que no comías caliente, muchacho?

—Desde que salí de mi pueblo no comía así, siempre hogazas de pan con o sin algo más.

—Muy bien, tranquilo ahora. Enseguida vendrá fray Sebastián, que está con sus rezos.

No tardó mucho en aparecer por allí aquel padre, también con una sonrisa en su pequeña boca. Se trataba de un hombre joven que pasaría muy poco de los treinta años, alto, delgado, rubicundo y con un aspecto bastante jovial.

—Así que eres del valle de Toranzo, la patria chica de Francisco Gómez de Quevedo Villegas, mi autor literario preferido —le dijo solemne.

—Sí, su familia era de Santiurde, aunque él ya nació en Madrid. ¿Cómo sabes que soy de allí? —le dijo tuteándole también.

—Porque lo dice expresamente en la carta que me diste. Mi familia proviene también de Santillana, que no está muy lejos, y el difunto Zenón era mi tío. Si tienes tiempo y ganas, te enseñaré un poco el convento.

Pedro Luna tuvo ocasión de recorrer y admirar aquello con un cicerone muy ilustrado y con el que compaginó enseguida. Él posiblemente hubiera podido ir para cura, aunque le frenaba bastante su falta de devoción y la insuficiente fe cristiana.

—Los reyes nos han cuidado el convento siempre mucho y nosotros también a ellos. Ahí precisamente, cerca del altar, están depositados el corazón y las vísceras del desgraciado rey Luis I, según lo que se conoce como *mos teutonicus*.

—¿Qué es eso? —preguntó asustado Pedro.

—Una costumbre de muchas cortes europeas de guardar algunos restos de sus reyes para evitar que se pudran. —Y ante la explicación, el joven respondió con una mueca que hizo reír al prior.

En el siguiente día, y ya mucho más descansado, paseó por Madrid y también lo hizo acompañado por el padre Sebastián. Estaban realmente justo en el centro de la población y prácticamente pegados al Palacio Real.

—¿No conocías Madrid? —le preguntó el padre.

—No, nunca tuve la oportunidad de venir por aquí.

—Este palacio es nuevo. Está edificado sobre el antiguo alcázar y trabajaron en su proyecto y ejecución el gran maestro Juvara, que popularmente aquí se le llamaba Ibarra, y su discípulo Juan Bautista Sachetti. Actualmente ha intervenido también bastante el siciliano Sabatini, sobre todo en los jardines. Carlos el tercero se lo trajo de Nápoles hasta aquí. Todos ellos pasaron por nuestro convento. Y también los reyes, lo tienen a gala. Además, ahora ya viven permanentemente en este palacio. Han medio abandonado el del Buen Retiro. Los Carlos no son tan amantes de la ópera del Coliseo, que está junto a ese antiguo palacio, como lo eran sus antecesores Fernando y Felipe.

Cinco noches estuvo Pedro instalado en el convento de San Gil y recibió muy buen trato por parte de todos los monjes, especialmente del padre Sebastián y del cocinero, que le trató casi igual que su propia madre.

—El viaje a Cádiz en diligencia es largo y caro, pero seguramente bastante más cómodo que los que hasta ahora has hecho —le advirtió el prior y el joven le contestó mirándole fijamente:

—Me cuesta unos seiscientos reales, ya lo pregunté ayer. La mitad solo el viaje y aproximadamente la otra mitad, las estancias

en las posadas de las postas y los posibles aranceles en algunos lugares. Son once días por los caminos y diez noches de fonda, salvo incidencias, y hay que hacerlo así por seguridad y por supervivencia.

—Es mucho dinero. ¿Lo tienes?

—Ya venía preparado, aunque me quedo después casi sin nada más. Es que creo que este viaje es mi destino, padre.

—Tu destino... ¿De marino, Pedro? —preguntó el sacerdote.

—¡De marino! —respondió con firmeza ahora.

El lunes, día 13 de julio, salió en una diligencia desde la cava baja con mucha más ilusión de la que esperaba. El primer día ya empezó a notar por la tarde el calor de las tierras manchegas, cosa que se fue repitiendo a lo largo de todo el viaje, salvo dos días en los que llovió con abundancia justo antes de entrar en el desfiladero de Despeñaperros. El camino tuvo tramos pavimentados y buenos y otros de tierra embarrada, pero aun así mejores de lo que hasta entonces había podido conocer. Y con menos horas diarias de viaje.

Las posadas en general no fueron demasiado malas, por lo menos durmió en camas y no sobre las pajas de un corral. En una de ellas, una mujer joven se empeñó en dormir en su lecho. Él realmente no quería porque no se fiaba de nadie y porque tampoco le sobraba el dinero para pagarla, pero todo fue mejor de lo que pensaba y pasó una buena noche con ella, así que le dulcificó un poco de las penurias de aquel largo viaje.

Otro suceso curioso le ocurrió ya en Andalucía. A media tarde, un grupo de caballistas les cerró el paso y les obligaron a bajarse de la diligencia. Iban armados con trabucos y pistolones, pero llevaban la cara descubierta; aun así, parecían bandoleros. Nadie abrió la boca para decir nada, ni siquiera los conductores, que también tenían armas. Solo se escuchó la voz potente de uno de los jinetes que, dejando el caballo a un lado, se acercó hasta ellos a pie.

—*Zeñoreh*, no quiero yo incomodarleh mucho, aunque, como están pasando por un terreno que *nob pertenesce*, *leh* tengo que *cobrá*

unah tasas, no *demasiao* creo, solo treinta *realeh* por persona. *Ustedeh* me los *puén* *pagá*.

Todos los viajeros, menos los conductores, aflojaron el bolsillo y les dieron el dinero a aquel individuo que parecía el jefe de la cuadrilla, pero cuando llegaron hasta Pedro, este empezó a protestar.

—Yo no puedo darte nada, no tengo dinero y, si te doy los treinta reales a ti, me tengo que poner a pedir en Cádiz a la puerta de alguna iglesia.

Todos se quedaron de piedra con la salida del muchacho menos el supuesto bandolero, que le miró con una sonrisa imprecisa y le dijo:

—Bien, chaval, no te *apureh*. Quédate con lo tuyo, no quiero que me *deh ná*, tú lo *necesitah mah* que yo y... Te digo *máb*: ¿*quiereh* que te dé también algo de lo que *man dao ehtob*? No quiero que lo *paseh* en ningún *lao* mal.

—No, señor, no quiero que nadie me reproche nada después. Quédate con lo tuyo y yo con lo mío, y partamos en paz. —le contestó decidido Pedro.

Aquel gesto les sorprendió a todos e incluso uno de los viajeros, que se identificó después como Colas Blasco, un oficial de marina, se colocó a su lado al volver a subir a la diligencia y le comentó algo.

—Has sido muy valiente muchacho. Estos son bandidos, muy dulcificados ahora, aunque siguen siendo bandidos. Durante el reinado de Carlos III se facilitaron tierras por toda la zona que poblaron muchos emigrantes alemanes, flamencos y algunos venidos también de tierras del Perú. Así se han hecho nuevas poblaciones y el endémico bandolerismo de este lugar se ha mitigado muchísimo. Solo quedan algunos que no se han podido reciclar y, ante la perspectiva de que puedan volver a lo sangriento, la policía de aquí es relativamente permisiva con ellos y hace la vista gorda ante esta pequeña delincuencia ligera.

—Bueno... Yo lo he pasado muy mal, no esperaba que me saliera así, aunque... No lo quería pasar peor aún —le contestó Pablo apurado.

—Por lo que veo vas hasta Cádiz. ¿Qué vas a hacer por allí?

—Voy a embarcarme con don José de Bustamante en una próxima expedición a América que llevan organizando desde hace algún tiempo.

—Ah, con Alejandro Malaspina. He oído algo sobre eso. Y... ¿ya sabes a dónde vas, a qué barco o a qué acuartelamiento...?

—No... Solo tengo una carta de presentación donde me dice que me presente en el puerto de Cádiz antes del día 30 de julio en un barco que se llama Atrevida.